

¿HACIA UN NUEVO SISTEMA DE VALORES?

Por Jean RAES

El tema seleccionado por el comité director (staring committee) para nuestra próxima reunión de EUROJESS* podría formularse así: ¿en qué medida el cambio actualmente vivido en nuestra sociedad europea podría repercutir en la evangelización? El logro de la sociedad industrial durante los "golden sixties" y la presente crisis han originado un cambio, si no en los valores, por lo menos en su escala. De la misma manera no puede excluirse un cambio profundo en las estructuras de comunicación e información, hasta en la propia estructura mental de nuestros contemporáneos. Por tanto, una cultura original estaría formándose en Europa occidental, que tendería por consiguiente a diferir en mayor o menor medida de otras culturas y subculturas, de tal modo que resulta cada vez más difícil pronunciar un discurso idéntico a los Europeos del Oeste, a los del Este, a los Americanos, por hablar sólo de los que se inscriben en la misma tradición judeocristiana. Si se admite que la evangelización implica también unos procesos de comunicación, se ve que el cambio al nivel de los receptores del "Mensaje" puede hacer que resulte inadaptado, desfasado o caducado un tipo de discurso válido para unos espacios culturales o unos tiempos que ya no son los de los Europeos del Oeste.

EL PROBLEMA DE LOS VALORES

Una de las maneras de abordar este tema es el interrogarse acerca del problema de los valores. Desde luego, el término es ambiguo. No se trata de entenderlo en el sentido de una "axiología" filosófica esforzándose a sacar las consecuencias de una visión del mundo. Hay que entenderlo en el sentido de "valores sociales", es decir lo que, en una sociedad concreta y observable, se piensa, admite, reconoce, recomienda como digno de estima, y lo que, por lo tanto, orienta de hecho

*El autor alude a la celebración de un Congreso celebrado en Ludwigshafen (R.F.A.) del 31 de agosto al 4 de septiembre de 1983. En este Congreso el profesor J. Raes presentó este documento de trabajo.

JEAN RAES

las interacciones sociales o es susceptible de explicar las opciones y las decisiones de los actores sociales.

Desde este punto de vista sociológico, se distinguen los **valores centrales** que obtienen la adhesión de una gran mayoría y forman en cierto modo su tesoro común. Constituyen el fundamento de la cohesión y de la continuidad sociales.

— **Los Valores conflictivos** sólo los comparten uno o dos grupos determinados y minoritarios; al difundirse, suscitan enfrentamientos y los justifican. Están en el centro de las apuestas sociales y son unos fermentos de cambio.

— **Las contradicciones de valores:** Si un sistema o escala de valores es, en principio, un conjunto jerarquizado y estructurado de preferencias y rechazos, el actor puede encontrarse ante unas elecciones que le turban, porque ya no consigue ordenar sus valores, en particular cuando la historia suscita unas situaciones y unos problemas de los que aún no reconoció los pormenores.

Señalemos finalmente que la ilación entre los valores de una persona o de un grupo constituye su **sistema**, llamado a veces escala de valores. La colocación, la ordenación y la exclusión se hacen alrededor de un valor clave o de un conjunto de valores principales asociados. Son valores **estructurantes** alrededor de los cuales se perfila un sistema de valores. Lo fundan, son sus piedras angulares; son los más importantes en la jerarquía o escala de valores.

Este esquema conceptual, aceptado y desarrollado por la mayor parte de los sociólogos, permite construir unos instrumentos y procedimientos de observación e investigación.

LAS HIPOTESIS SOBRE LOS VALORES DE HOY

1) Se acepta generalmente el plantear que estamos viviendo (de ahí la "crisis") un periodo de transición, hasta de mutación entre un sistema A y un sistema B.

1.1.—El sistema A permite interpretar bastante fácilmente la fase ascendiente de la sociedad industrial, rematada (!) por la sociedad de consumo. Traducido en términos de valores, dicho sistema se articula alrededor de valores como el trabajo, el orden, la rentabilidad económica, el bienestar material, el progreso, la ciencia y la tecnología, la familia unida, la sucesión sin choques de las generaciones; la patria, la libertad individual, pero también el respeto de la autoridad y cierto rigor moral, una religión no discutida por los fieles, el sentido de las conveniencias y de las jerarquías...

El sistema B es mucho más difícil de definir; presente ya, estaría siempre buscándose a sí mismo. Algunos intentaron darle otro nombre, como el de "sociedad posindustrial", que no aporta mucho. Así es como Charles Reich habla de "conciencia III" y Alvin Toffler de "Tercera Ola". Fuerte es la tentación de presentar el sistema B y de definir sus

valores como la antítesis del sistema A; pero el observador puede detectar unos valores nuevos pertenecientes a B, por una parte en las prácticas consideradas hoy como normales en el grupo, y por otra en las aspiraciones que pueden manifestarse en el mismo.

1.2.—Si bien las prácticas resultan bastante fácilmente detectables en sondeos de opinión o de comportamiento, las aspiraciones tienen unas expresiones más confusas, más ambiguas, a veces latentes y efímeras. Se manifiestan, bien en unos subgrupos que tienden a situarse o a ser situados al margen de la sociedad. Se expresan la mayoría de las veces de modo negativo: "se sabe muy bien lo que no se quiere o lo que ya no se aceptará", sin por ello oponer a los valores dominantes unas alternativas y unos criterios específicos y diferentes.

Por otra parte, estas aspiraciones se abren paso en un hervidero de intentos y errores, al nivel de los grupos y de las estructuras (por ej. comunidades de base, movimientos pacifistas, nuevas mentalidades o maneras de sentir, comportamientos "desviantes", originalidades de todas clases). Finalmente, unos lugares importantes donde pueden traslucirse los nuevos valores son los conflictos (ver supra los valores conflictivos): más o menos numerosos y profundos, presentan unas características comunes y detectables, que pueden registrarse tanto hoy como en el siglo XVIII (durante la "revolución industrial"): incomprendimientos, sospechas, cambios de longitud de onda, cacofonía en las comunicaciones, pérdidas de identidad, dudas, anomia,... en los que se traducen el desconcierto, la impotencia y por tanto la puesta en cuestión más o menos radical de los valores dominantes comúnmente aceptados en el Sistema A.

CARACTERISTICAS DEL NUEVO SISTEMA DE VALORES

2) ¿Pueden matizarse más estos nuevos valores del sistema B? Se puede correr el riesgo de presentar cierta enumeración, que no es evidentemente exhaustiva; pero hay que definir previamente el sentido en el que puede definirse un sistema de valores a partir de las aspiraciones observadas.

2.1.— El análisis sistémico inspirado por los trabajos de Talcott Parsons permite especificar la mutación que constituye, por ej., la Revolución Industrial en el siglo XVIII. Si podemos caracterizar el Antiguo Régimen por un sistema definido a partir del subsistema político según una secuencia "político-societario-económico-cultural", se puede entonces interpretar la Revolución Industrial como la sustitución del subsistema definidor, lo económico sustituyéndose a lo político como subsistema "Sinnkern"; la sociedad industrial se define entonces a partir de lo económico según la secuencia "económico-societario-político-cultural". No es incoherente plantear como hipótesis que la mutación actualmente vivida en una crisis propiamente estructural es el

JEAN RAES

paso de un sistema industrial a un sistema definido a partir de lo cultural según una secuencia "cultural-político-societario-económico".

Conviene finalmente definir el concepto de cultura, concepto ambiguo e interpretable a cual más. Por cultura entendemos el conjunto de los medios colectivos que pueden por tanto producirse y transmitirse por los hombres en una sociedad, merced a los cuales cada hombre puede, **por sí mismo**, conocer, comprender y transformar el mundo, real e imaginario, que contribuye a crear. Las palabras importantes son evidentemente "por sí mismo": revelan el "sentido" buscado que permitiría interpretar las aspiraciones observadas.

2.2.— **¿Cuáles serían los "valores centrales" del sistema B?**
Vamos a enumerar algunos y mostrar cómo se expresan en las aspiraciones.

2.2.1.— El valor cardinal de la sociedad posindustrial a introducir es la **libertad** que incluye dos elementos. Por una parte, un aspecto más bien psicológico: rechazo de las coacciones y condicionantes, armonía con uno mismo, paz interior, plenitud (personal e individualista), goce, júbilo. Por otra parte, un aspecto más sociológico: autonomía, liberación, rechazo de cualquier totalitarismo, afición a lo privado y limitación de las empresas de la sociedad de las que uno redefine la función: crear, realizar y ampliar, en beneficio de todo el hombre y de todos los hombres, un espacio concreto de libertad en el que cada uno pueda ejercer, por sí mismo, los derechos del hombre (prerrogativas imprescriptibles, inalienables, de los que no se puede sacar ventaja y que pueden oponerse a cualquiera) y finalmente su capacidad de autodeterminación (libertad metafísica constitutiva del ser humano). Este valor libertad se detecta en unas aspiraciones que aparecen a través de las expresiones negativas. En nuestra sociedad actual, se descubren muchos rechazos más o menos acentuados. Sin buscar aquí las "causas" o motivaciones, no podemos sino hacer constar que se rechazan en unos determinados grupos (caracterizados por la edad, la formación, el estatuto socioprofesional, la residencia) las actitudes autoritarias, el mando y el poder que se basan en la "superioridad", la organización centralizada, jerarquizada o militarizada, el trabajo impuesto como valor social orientando la vida, las referencias forzadas, las coacciones no reconocidas o asumidas por uno mismo... Algunos observadores han ido hasta hacer hincapié en la frecuencia de las interpretaciones en término de alienación.

2.2.2.— **El valor "tiempo elegido":**

Numerosos signos revelan en la actualidad una especie de cambio total en la reacción de los hombres frente a "su" tiempo. Puede detectarse una aspiración a recuperar el control del mismo; se es más sensible a la vivencia de "mí" tiempo que a su almacenamiento; se quiere disponer de su tiempo, dominarlo, vivirlo con plenitud y creatividad, antes que utilizar el tiempo disponible (el tiempo que la tradición, el príncipe, la racionalidad económica, los grandes principios imponen). Esto explicaría la contradicción entre el valor trabajo y el deseo de ocio.

En la sociedad industrial, todo se centra en el trabajo: por lo demás, se trata menos de actividades gratificantes que de poner su tiempo y su fuerza de trabajo a disposición de la máquina, del patrón, del sistema. Estos reglamentan soberanamente la programación del tiempo al racionalizar y dividir las tareas, al imponer ritmos de trabajo. Lo que se busca actualmente es de aumentar los espacios de tiempo que se podrá vivir por sí mismo. El ocio adquiere una connotación cada vez más importante y un significado original; se define por sí mismo y ya no con relación al trabajo. Es el tiempo de las actividades libremente elegidas, del ensueño y de los hobbies, de la formación desinteresada y de la poesía. El objeto producido importa menos que la realización de uno mismo: el trabajo impuesto es cada vez más una coacción, debe permitir tener los medios (ingresos) que permitan hacer otra cosa, más gratificante porque fue elegida.

2.2.3.—El valor convivencia

No nos referimos aquí a las relaciones interpersonales que implican un reconocimiento y un amor mutuo, sino a las relaciones que nacen de la necesaria organización societaria sin la cual no serían posibles la interdependencia, la división del trabajo y la acción colectiva. Estas relaciones societarias sólo implican a un segmento de la personalidad y se basan en un modo de organización de las tareas, de los papeles y de los estatus. Así es cómo, en la época feudal, estas relaciones dependían de la pertenencia a unas castas cerradas y jerarquizadas por Dios, la tradición, la naturaleza: se pertenece a la élite por nacimiento. En la sociedad industrial, dependen del lugar ocupado en el proceso de producción, y hasta del grado de control que proporciona el dinero sobre sus factores. Al límite, el hombre sólo existe como productor y hasta se le reduce a veces a su aportación de capital, de sustancia gris, de fuerza de trabajo, de capacidad de organización y dirección. A partir de este papel, la jerarquía se construye y se expresa en función de los ingresos que vienen a remunerar esta aportación. Las alianzas se forjan a partir de conflictos de intereses de cara al control y a los frutos de la producción. No es por casualidad que el término "relaciones sociales" sólo designe ya las relaciones entre patronos y trabajadores (luchas de clases) entre interlocutores sociales, entre socios (concierto).

Ahora bien, el hombre acepta difícilmente quedar reducido a un papel de productor, y finalmente de objeto. Tiende a rechazar cualquier segmentación de sí mismo. Busca en la vida societaria, a pesar de sus necesidades/coacciones de organización, unas relaciones más plenas, más calurosas, más creativas, más solidarias. De ahí la importancia de los temas del encuentro, del diálogo, de la comunicación que, por otra parte, se considera como muy difícil, por no decir imposible, entre las muchedumbres solitarias de nuestra sociedad industrial. Se deploran los hacinamientos verticales de la vivienda urbana, las compartimentaciones, la ausencia de ágoras; se privilegian los lugares de encuentro, las agrupaciones, los compañerismos, las pandillas de amigos, más allá de las clases sociales o de los signos exteriores de riqueza y poder (civi-

lización de los "vaqueros"). Se rechaza la organización burocrática, las definiciones de papeles y estatus, las instituciones, las relaciones formales y preestablecidas por la tradición, las conveniencias, el derecho, las clasificaciones cual sea el criterio de las mismas, el alistamiento, la ordenación,... y finalmente el propio orden (¡quizá más que la autoridad!).

2.2.4.—El valor diferencia es menos fácil de matizar; como el anterior, es el rechazo de la compartimentación, de la clasificación en categorías, de la homogeneización. Positivamente, sería una búsqueda de la calidad, de la creatividad, de la originalidad; sin duda alguna va creciendo la conciencia de que cada hombre es un ser único e insustituible, como lo afirma la filosofía personalista. Además, buscaría también la polivalencia, lo imprevisto, lo efímero. El hombre actual se niega a ser objetivado y pretende afirmarse a partir de cualquier originalidad, hasta superficial. ¿Resultará este deseo lo suficiente fuerte como para sacudir la capa de uniformación, de ordenación, de sumisión, de robotización que va segregando la transformación robótica de la sociedad industrial madura?, he aquí uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo, que se expresa en las múltiples facetas de la "contestación".

Uno de los campos en el que se manifestaría más este valor es el de la estructura mental y de los modos de conocimiento. Hoy en día, se tiende a privilegiar, más allá, a pesar de o al lado de la razón razonante, las demás facultades de conocimiento: imaginación, afectividad, intuición —hasta paranormal—, expresión del cuerpo. Al raciocinio riguroso se prefiere el ensueño y la explotación de lo imaginario; se intenta la experiencia total y única: puede ser sensorial (provocada entre otros por la droga), poética o mística (carismática). La búsqueda se pretende plural y multiforme, y no retrocede ante la transgresión de los límites. El descubrimiento de los lazos entre las ideas y las cosas ya no se hace por la mera coordinación de argumentos regulada por la lógica o la matemática, no vacila en recurrir a "fundidos-encadenados" que revelan el predominio de la imagen y de la sensación.

Este deslizamiento al nivel de las mentalidades y hasta de las estructuras mentales hacia una actitud no racionalista y no positivista (a pesar del imperialismo de la ciencia y de la matemática) significa el rechazo del postulado del "Aufklärung", según el cual el orden de la razón y el orden de la naturaleza serían idénticos. "Una" verdad canonizada, dada y preestablecida, es casi automáticamente rechazada. Se está iniciando el "tiempo de la sospecha": tiene por objeto tanto las referencias y los discursos tradicionales y estereotipados como los sistemas de explicación, las ideologías, los "ismos".

Muchos se apenan, se trastornan o se desorientan ante tal actitud de rechazo que se detectaría sobre todo entre los jóvenes: cabe preguntarse si son lo suficiente sensibles al hecho de que este rechazo manifieste la necesidad de buscar por sí mismo, de hacer uno mismo la experiencia, de juzgar por sí mismo, más allá de las respuestas oficiales

o tranquilizadoras. Por cierto, esta necesidad sigue siendo confusa: puede desembocar lo mismo en el agnosticismo, hasta en el rechazo de cualquier pensamiento —pronto calificado de metafísico—, en el rechazo de las ideas estereotipadas, como en las justificaciones de cualquier tipo, en la aceptación apática de las manipulaciones, en la melancolía, la angustia, de ahí la tentación de la diversión y de los paraísos artificiales o también una ansia desmesurada de seguridad...

Estos son algunos de los nuevos valores sociales que están apareciendo a través de las aspiraciones observadas. No hay que olvidar dos hechos importantes; estos valores entran naturalmente en contradicción con los valores del sistema dominante; el sentirse amenazado, éste tiende a recuperar a los desviados y se empeña además en la defensa de "sus" valores. Por otra parte, resulta difícil analizar objetivamente la transición hacia B: de ahí la crisis y el sentimiento de incomodidad; no sólo entre los que cambian, sino también, y quizá sobre todo, entre los depositarios de los valores establecidos, familia, escuela, líderes sociales y políticos, iglesias...

Las líneas que preceden han intentado "construir" la problemática planteada por el cambio de valores. Ni que decir tiene que este esquema es esencialmente hipotético, en el sentido de que reagrupa en un todo coherente e interpretable, un conjunto de observaciones hechas en Bélgica durante los últimos años. Desde los trabajos de Karl Popper, se sabe que un conjunto de hipótesis —y hasta una hipótesis— es aceptable en la medida en que permita explicar unas realidades observadas y que se considera como verdadero mientras no entre en contradicción con un hecho observado que hace entonces que sea falso.

El trabajo encargado a los miembros del EUROJESS es por tanto de intentar "falsificar" este conjunto de proposiciones.

Dos métodos me parecen factibles:

1) A partir de las observaciones hechas en su país o de la síntesis de encuestas efectuadas sobre los valores, examinar críticamente la pertinencia del esquema propuesto, enmendarlo, completarlo o reconstruirlo. Después de todo, no es sino una pieza que romper. Lo esencial es de presentar suficientes elementos como para poder afirmar —y dentro de qué límites— que la Europa occidental constituye actualmente un espacio cultural original, en vía de mutación. Lo que quiere decir concretamente que en el plano de las referencias, de los significados, de los valores, la Europa occidental no puede confundirse con América, África... o Europa oriental. Pero en el marco de la Evangelización, los problemas de inculturación no son sólo unas cuestiones de espacio cultural; están también ligados al tiempo: el marco de referencias admitidas por la mayoría que prevalecía ayer quizá ya no tiene gran significado para las mentalidades de hoy. Si no se establece este punto con una verosimilitud aceptable, no podremos sacar otro corolario para una política de evangelización a nivel de la Iglesia, sino es el de seguir

JEAN RAES

repetiendo cierto número de verdades, pero en un sistema cada vez más desfasado con relación a nosotros.

2) El segundo método sería efectuar un sondeo que revele el ocaso de los valores centrales del sistema A y la emergencia de nuevos valores. Efectuar una encuesta en debida forma sería deseable, pero está fuera de las posibilidades en hombres y recursos de nuestras provincias. Un sondeo sin pretensiones estadísticas revelaría por lo menos la pertinencia de las orientaciones y su sentido.